

LETRAS HOY • Especial 'Realidad'

con la colaboración de la Fundación Francisco Ayala

'Realidad' realizada

Carolyn Richmond

Hispanista



Al jubilarse Francisco Ayala en 1976 de su cátedra universitaria en Nueva York para instalarse (¡por fin!) de modo permanente en el piso madrileño que él había adquirido poco después de su vuelta a la *ingrata patria* en 1960, iniciando así la última y más fructífera fase de su *reintegración* a ella, tuvo que afrontar algo a lo que tememos todos: la terrible mudanza, una experiencia tan ingrata como inevitable... En su caso se trataba de dejar un modesto apartamento ubicado en el número 54 oeste de la calle 16—lugar de partida, por cierto, de su escrito *Inquisidor y rabino*—que había alquilado ya a mediados de los años cincuenta y donde se almacenaba, como es lógico, junto con las pertenencias domésticas de la familia, la biblioteca del escritor peregrino: una colección de volúmenes, en parte recién adquiridos, entre los que se encontraban otros más antiguos—auténtico tesoro bibliográfico—que había conservado cuidadosamente desde los tres primeros lustros del exilio hasta el momento en cuestión. (Para un testimonio del papel que han desempeñado las bibliotecas en su vida, e información acerca del destino último de la que hubo de abandonar en España antes de salir al exilio, se puede consultar el capítulo, *De vuelta en casa*, de sus *Recuerdos y olvidos* [1906-2006].)

Tengo todavía grabada en la memoria aquella escena: el solitario profesor sentado en una silla, rodeado de cajas vacías y medio vacías, y mirando con cierta desolación los estantes llenos de interminables filas de libros que, uno por uno, había que examinar antes de decidir si había que guardarlo en una caja o desterrarlo a la pila, cada día más alta, de libros a donar. Daba pena verlo, y sin embargo—según demasiado bien lo sabemos por experiencia común los amantes del libro—sólo él pudo decidir la suerte de cada uno de ellos, decidir acerca de lo acumulado en esa casa a lo largo de más de dos décadas... Lo recuerdo bien: desde mi casa en Brooklyn, donde estuvo alojado él, tomaba todos los días el metro a Manhattan para hacer frente a aquellas *verduras de las eras* que habían ido juntándose y que ahora requerían, urgentemente, ser desherbadas. Optó por conservar—así me lo había comunicado— toda aquella parte de su biblioteca que, o bien tenía algún significado personal para él (ediciones de libros propios; obras dedicadas, etcétera), o bien pudiera servirme a mí en mi propia carrera

profesional. Tal era su criterio. Embaló luego, cuidadosamente, todos esos volúmenes, algunos llevados desde Buenos Aires o bien de Puerto Rico, otros adquiridos en Estados Unidos, en aquellas cajas traídas del supermercado del barrio, y los hizo enviar a mi casa, en cuyo sótano habían de quedar, tal como estaban, hasta que por fin me mudé algunos años después a un piso de Manhattan donde había mandado construir unas estanterías para mis propios libros así como, en un espacio separado, los de Francisco Ayala.

Sólo entonces, al abrir aquellas cajas, pude darme plena cuenta de la magnitud del tesoro que contenían: junto con una espléndida colección de textos clásicos de creación así como de crítica literaria había primeras ediciones dedicadas de escritores contemporáneos suyos, tanto latinoamericanos como españoles exiliados; otras de obras propias; fotocopias y separatas... (Muchas de esas primeras ediciones, que hace poco—estábamos rodando en Nueva York unas secuencias del documental de Javier Rioyo, *La ilusión perseguida*—fueron traídas a España en dos pesadas maletas por Luis García Montero, comisario del recién clausurado centenario, para la gran exposición que fue montada, primero

ILUSIÓN

Mi proyecto prioritario para el centenario de Ayala fue la edición facsímil de 'Realidad'

en el Hospital Real de Granada, luego en la Biblioteca Nacional de Madrid, pertenecen ahora en Granada a la Fundación Francisco Ayala.) Me ayudó a colocarlos Ayala, quien iba entreteniéndome con detalles acerca de algunos que tenían para él un significado especial. Recuerdo que en un estante de arriba, a la derecha y en un espacio aparte, fuimos ordenando cuidadosamente, junto con una edición especial de dos tomos encuadernados en pasta azul descolorido, los ejemplares sobrantes, amarillentos ya, de los seis volúmenes sueltos de *Realidad*. Revista de ideas, que había sido fundada, y en efecto dirigida por Ayala en Buenos Aires entre 1947 y 1949, año este en que él había resuelto abandonar aquella ciudad para hacer vida nueva en la isla de Puerto Rico.

Fue entonces la primera vez que vi yo, físicamente e íntegra, la mítica revista a la que en años sucesivos oiría en España numerosas referencias elogiosas por parte de personas—incluso especialistas—que jamás le habían puesto los ojos encima... Esta joya bibliográfica, cuya importancia en el pensamiento occidental (excluida, claro está, el de la España



franquista) de finales de la década de los cuarenta no me toca a mí en esta breve remembranza ponderar, constituyó—en seguida me di cuenta—una de las labores intelectuales de que se sentía, y sigue sintiéndose, más satisfecho Francisco Ayala. Me resolvía en aquel momento ocuparme en el futuro de su reimpresión y difusión en el mundo de habla española.

Son retos que nos hacemos, aún desconociendo—como desde luego desconocía yo—lo que en el futuro nos espera, pues ¡a quién se le hubiera ocurrido por entonces (estoy hablando de finales de los setenta) que unos veinticinco años después se celebraría nada menos que el centenario del escritor Francisco Ayala! Guardaba yo, según ahora me parece, una especie de deseo de venganza, o bien—para ser más positiva—unas ganas, quizás, de reparación: un ¡ya lo verán! que quedó allí, junto con los volúmenes casi ocultos cuya existencia durante años no mencioné a nadie. Y cuando por fin, parecía que se veía en perspectiva la celebración del centenario del progenitor de *Realidad*, la traje en una maleta a mi casa madrileña y la encerré, intencionadamente—fuera de la vista de bibliófilos dados a curiosear—en el armario de mi biblioteca. Ya en el año 2004, mucho antes de esta-

REENCUENTRO

Con la edición de 'Realidad' se cierra definitivamente la relación circular de Ayala con su país natal

blecerse ninguna comisión oficial, estaba convencida de que mi proyecto prioritario para el centenario de Francisco Ayala iba a ser la publicación de una edición facsimilar de la revista *Realidad*.

Busqué posibles editores. Primero a través del internet, que es donde, como es sabido, hoy en día hay que empezar. Finalmente, y gracias siempre a las diligencias de nuestro magnífico amigo Luis García Montero, *Realidad* encontró su editor en la persona de Abelardo Linares, director de la sevillana editorial Renacimiento, quien, apoyado por el Ministerio de Cultura así como por la Sociedad Estatal de Conmemoraciones Culturales y la Fundación Francisco Ayala, acogió con entusiasmo este proyecto. Nunca mejor gastado, creo yo, dinero designado para la celebración de un centenario.

A mí me gusta alardear de haber sido la *madrina* responsable de la presente, y merecidísima, realización de *Realidad*; lo cierto es que quizá hubiera ocurrido aún sin mi intervención. Con ello se cierra, definitivamente, la relación circular que ha tenido Francisco Ayala para con su país natal, España.